

bian salido á recibir á S. M. No puede decirse que se dieron gritos de *viva el rey!* porque la multitud prorrumpió en un clamor continuo y confuso, en el que no era posible distinguir nada mas que acentos de júbilo y de ternura. Al descender el rey de su carroza, sostenido por MADAMA, la duquesa de Angulema, la Francia creyó ver á su padre. Ni el rey, ni MADAMA, ni los mariscales, ni los soldados podían hablar. Las lágrimas servían de palabras, y ciertamente eran los menos enternecidos los que tenían aliento para gritar *viva el rey!* *viva nuestro padre!* sin poder tampoco articular mas palabras que esas. S. M. llevaba una levita azul, sin mas distintivo que una placa y charreteras: sus piernas estaban envueltas en unos anchos botines de terciopelo encarnado, bordadas con tren-cilla de oro. Su modo de andar es penoso, pero el ademán es noble é interesante: su estatura nada tiene de particular; la cabeza es magnífica, la mirada magestuosa como la de un rey, y brillante como la de un hombre de talento. Al verle sentado en una silla de brazos, con sus botines á lo antiguo, y su baston entre las piernas, cree uno estar viendo á Luis XIV á los 50 años.

MADAMA vestía un traje blanco, y su cabeza estaba cubierta con un sombrero del mismo color, según la moda inglesa. Si algo puede sobre la tierra dar idea de un ángel por la hermosura, la modestia y el candor es ciertamente la hija de Luis y de Antonieta: sus facciones son una feliz combinación de las de sus padres, y cierta expresión de dulzura y de tristeza que se ve brillar en sus ojos, anuncia lo mucho que ha padecido: hasta en su traje, algo extranjero, se descubren huellas de su largo destierro. Sus labios no dejaban de repetir, llorando y riendo á un mismo tiempo. *Qué feliz soy al verme entre mis buenos franceses.* Palabras en verdad altamente dignas de una princesa que en los palacios del extranjero echaba de menos las prisiones de Francia.

Así que llegó al aposento que le estaba preparado, el rey tomó asiento en medio de la concurrencia. Presentáronle las señoras que se hallaban en Compiègne, y á cada una de ellas dirigió las mas lisonjeras palabras. Igual presentación tuvo lugar respecto de MADAMA. Hallándose el rey algo cansado y á punto de retirarse dijo á los señores mariscales y generales. *Señores, soy muy feliz en hallarme en medio de vosotros, y añadió con un acento que es preciso haber oído para comprenderlo: Soy FELIZ Y ME ENVANEZCO.* Luego prosiguió. *Espero que la Francia tendrá en lo sucesivo la dicha de no necesitar ya de vuestros talentos; pero en todo caso, añadió S. M. poniéndose en pié con ademán noble y resuelto, como buen descendiente de Enrique IV, por afligido que me halle de la gota, no dejaré de ponerme entre vosotros,* diciendo estas palabras atravesó el grupo entre las repetidas aclamaciones de *viva el rey!*

A las ocho se sirvió la comida. El rey, MADAMA, el príncipe de Condé el Duque de Borbon, los señores mariscales y generales, los gentiles hombres de servicio, las señoras camaristas de MADAMA, la duquesa de Angulema; la señora de Montboissier, hija de Mr. Malesherbes; las duquesas de Duras, la condesa de Simiane y otras personas de distinción convidadas por S. M. tomaron asiento en la mesa. El salon estaba tan lleno de gente que apenas podía hacerse el servicio. En medio de la comida el rey tomó un vaso de vino, y dirigiéndose á los mariscales les dijo: *Señores brindemos por el ejército.* Acabada la comida S. M. volvió al salon de recibimiento. Todos los concurrentes querían estar de pié; pero el rey mandó sentar á su derecha á los mariscales y generales. Estos bizarros capitanes han quedado sumamente obligados por esta bondadosa complacencia del soberano, y sin duda en aquellos momentos tendrían muy presente que el extranjero sin tener ningún miramiento á su edad, á

sus trabajos ni á sus heridas les tenía horas enteras de pié, como si para él consistiera el respeto en los males que hacia sufrir á sus servidores. Sabido es que el rey reune á sus demás buenas cualidades mentales una prodigiosa memoria, como lo ha acreditado al hablar con las personas que le rodeaban. Al ver andar con dificultad al mariscal Lefebvre algo atormentado de la gota, le dijo: *¿Que es eso, mariscal, ¿sois tambien de los nuestros?* Al mariscal Mortier, le dirigió estas palabras: *Señor mariscal, cuando no eramos amigos, guardásteis hácia la reina, mi esposa, consideraciones que ella no quiso que me fueran desconocidas; y ahora las tengo presentes.* Al mariscal Marmont preguntó: *¿Fuisteis herido en España, y estuvisteis cerca de perder un brazo?* «Así es, SIRE, respondió el mariscal, pero lo he recobrado para el servicio de V. M.» Los mariscales Macdonald, Ney, Moncey, Serrurier, Brune, el príncipe de Neuchatel, todos los generales y todas las personas que se hallaron presentes merecieron oír igualmente las afectuosas palabras por parte del soberano; de manera que no hubo corazón que no quedara cautivado. Aquel rey sin armas, podía decir de sí mismo lo que se dijo respecto de Enrique IV, que reinaba sobre la Francia

#### Por derecho de espada y derecho de cuna.

Por todas partes no se oía mas que *¡Ya verá como le serviremos! Suyos seremos mientras vivamos.* Todos los interesantes desterrados que habían vuelto con su señor y todos los oficiales del ejército se estrechaban la mano diciendo: *¡no mas facciones! ¡no mas partidos!* Viva Luis XVIII. Tal es en Francia la autoridad del soberano legítimo, esa magia que acompaña al nombre de rey. Un hombre que acababa de llegar sólo del destierro, despojado de todo, sin comitiva, sin guardias, sin riquezas, nada podía dar, ni casi prometer. ¿Quién era este hombre? Era el hijo de San Luis, era el rey. A esta palabra todo se postraba á sus piés: el ejército, la grandeza, el pueblo: un millon de soldados arden en deseos de morir por él, y le dan á entender que puede pedirles cuanto quiera aunque sea sus hijos, su vida y su fortuna, con tal que les deje en posesion de esa única cosa de que pueden disponer, y cuyo sacrificio ningún rey de Francia impondrá á sus vasallos, ¡EL HONOR!

### DE LA SITUACION DE FRANCIA.

EN 4 DE OCTUBRE 1814.

ACOSTUMBRADOS desde hace mucho tiempo á los prodigios apenas reparamos en los que en la actualidad pasan á nuestra vista, y sin embargo puede decirse con certeza que de cuantos se han llevado á cabo de algunos años á esta parte ninguno merece mas admiracion que la felicidad que goza en este momento la nacion. ¿Podía esperar razonablemente la Francia una calma tan profunda despues de tan deshecha borrasca? Para juzgar con acierto de la posicion que ocupa en el mes de octubre, recordaremos el estado en que la nacion se veía en marzo del mismo año.

La Francia se veía invadida desde el Rin hasta el Loire, desde los Alpes hasta las montañas del Auvergne, y desde los Pirineos hasta el Garona. París estaba lleno de enemigos. Quinientos mil rusos, alemanes y prusianos, estacionados en el otro lado del Rin, estaban preparados á secundar los esfuerzos de sus compatriotas por medio de una segunda invasion que habria acabado de desolar la Francia. España se disponía á franquear los Pirineos con el ejército anglo-ibérico. Mas de un millon de franceses habían sido llamados en menos de trece meses á los campos de batalla. Un insensato á quien las potencias extranje-

ras brindaban continuamente con la paz, se ostinaba en agotar el último hombre y la última moneda de las desventuradas Francia para sostener en lo exterior un monstruoso sistema de guerra y en lo interior una tiranía aun mas monstruosa. Si conseguía prolongar la guerra, la Francia se veía expuesta á no presentar en el breve plazo de algunos meses mas que un monton de cenizas; si aceptaba la paz no podía esperarse que le fuera concedida sino bajo condiciones tan deshonrosas para él como para la nacion; habria sido preciso pagar enormes contribuciones cediendo las plazas fronterizas en garantía de los tratados. Bonaparte, herido en su orgullo, burlado en su ambicion, hubiera cubierto el reino de proserpciones y luto. Ya estaban redactadas las listas, designadas las víctimas y las ciudades enteras condenadas: á las confiscaciones y expropiaciones hubieran seguido los suplicios, la guerra civil habria tal vez coronado todas las desolaciones de la guerra extranjera, y un despotismo sangriento se habria impuesto acaso para siempre sobre las ruinas del país.

¿Cuál era en aquel instante la única esperanza? Una familia á la que habíamos abrumado con todo género de males en recompensa de los bienes que desde tantos siglos atrás venía derramando sobre nosotros! Una familia desterrada, casi puesta en olvido por parte de sus crueles hijos, no encontraba en país extranjero ni recuerdos, ni auxilios. No era por ella por quien se batian: ninguna de las calamidades que á consecuencia de una guerra desastrosa padecía la Francia en aquella época, podía ser imputada á esta familia: en Chatillon se negociaba de buena fe con Bonaparte. Apenas se permitía á MONSIEUR seguir casi solo y desde muy lejos los ejércitos invasores, y luego regresaba á pasar la noche entre las ruinas que Bonaparte habia hecho, á enjugar las lágrimas de los aldeanos que se agrupaban á su alrededor y á socorrer á los quintos heridos, finalmente ya que no le era dado ejercer las prerogativas reales, ponía en práctica todas las benéficas virtudes que habia heredado de la sangre de San Luis. Monseñor el duque de Angulema no figuraba sino como simple voluntario en el ejército de lord Wellington: en Jersey, Monseñor el duque de Berry pedía en vano por favor que se le dejara con dos de sus ayudantes en las costas de Francia: era tan poco lo que sus denodadas empresas prometían que habia mandado renovar el arriendo de su casa en Londres.

En momento tan desesperado es cuando la Providencia acabó la obra de la que habia querido encargarse sola á fin de que su mano fuese mas visible á todos. Los extranjeros entraron en París: Dios tocó el corazón de los príncipes, abrió los ojos de los franceses y un grito de *viva el rey!* salvó al mundo. Bonaparte gritó que le habían hecho traicion. ¡Traicion, Dios eterno! ¿Y quién habia de hacérsela no siendo él mismo? ¿Vióse nunca una fidelidad mas extraordinaria, mas interesante que la de su ejército? Jamás los soldados franceses mostraron mas heroísmo que en el momento en que detestando al autor de tantos infortunios, respetaban aun en su persona al general, y seguramente hubieran perecido con él, si él hubiese tenido aliento para morir.

Mas despues que hubo arrebatado su vida juntamente con los millones que habia tenido valor de pedir, la Francia se volvió hácia su verdadero padre que volvía del destierro sin capitulaciones, tratados ni tesoros, con las manos vacías como habia salido del reino pero con el corazón henchido de aquella ternura, de aquella misericordia tan natural á la raza de los reyes de Francia.

¿Qué es lo que encontró este rey al llegar? Cuatrocientos mil extranjeros en el corazón del reino, mil setecientos millones de deudas, ejércitos desorganizados y que hacia ya varios meses que no co-

braban sueldo, mas de treinta mil oficiales que tenían derecho á una colocacion y á recompensas, 400,000 prisioneros prontos á volver á su patria y á complicar la situacion del momento, una constitucion que con feccionar, temores que calmar, esperanzas que cumplir en presencia de los partidos y por último todos los elementos de una guerra civil. A muchas personas les parecia acertado que el rey en medio de tantos apuros, no conociendo el terreno sobre que iba á marchar, ni el estado de las opiniones, ni el carácter de sus vasallos retuviera cerca de su persona una fuerza extranjera. El rey desechó noblemente esa idea: una paz honrosa hizo salir del reino á los aliados sin costar al país ni contribuciones, ni plazas fuertes: conserváronse las antiguas fronteras y aun se ganó en territorio por el lado de Savoya. Fueron tambien respetados los monumentos artísticos y todo fue fruto del aprecio de los aliados al monarca francés.

Una carta aseguró los derechos políticos de la nacion. Aquel ejército tan incómodo por el número no tardó en ver como por encanto pagados casi todos sus atrasos, y el resto será satisfecho sin mucho tardar. Los oficiales que no han podido ser colocados en la nueva organizacion del ejército cobran en el seno de su familia una pension que les proporciona aquella honrosa existencia propia de la gloria. La propiedad se halla garantida; la confianza renace; la industria ha vuelto á recobrar su actividad: todo camina á un estado próspero. La moderacion, el talento y las virtudes de un solo hombre han obrado esos prodigios que no han costado ni una sola gota de sangre á la Francia; nadie ha sido molestado ni perseguido por su opinion: ninguna cárcel se ha abierto sino para dejar salir alguna víctima de las anteriores turbulencias, ningún acto arbitrario del poder se ha mezclado con tantos actos de demencia y de bondad! Estamos demasiado cerca de esta época feliz para apreciarla según se merece; pero la historia presentará las maravillas que en ella han sucedido á la admiracion de los hombres, y al sobrenombre de Luis el *Desecado* añadirá el dictado de *Sabio* que la Francia ha tenido ya la gloria de dar á uno de sus reyes. Si se hubiese dado crédito á lo que decían algunos, interesados sin duda en esparcir alarmas, la Francia iba á quedar convertida así que llegaran los Borbones en un teatro de reacciones y venganzas. ¿Qué podrían decir esas personas en la actualidad? ¿Cómo! ¿Ni una ejecucion ni un encarcelamiento, ni un destierro ha ocurrido que haya podido acreditar sus profecías! Al regresar Carlos II á Inglaterra el Parlamento hizo sentenciar á varios culpables: al regreso de Luis XVIII á Francia, todo el mundo ha conservado la vida, la fortuna y la libertad; nada hay perdido para ciertos hombres *menos el honor!* Cualquiera que sea la opinion que se haya tenido, la generalidad está acorde en decir que en ningún tiempo ha habido para la Francia una época mas afortunada que los cuatro meses que han pasado desde el restablecimiento de la monarquía. No hay francés alguno que no sienta en sí mismo el convencimiento de su salvacion y de su plena libertad. Cada cual se acuesta seguro de que á media noche no vendrán á despertarle por ser arrastrado ante un tribunal militar por los esbirros de la policia, ó por los gendarmes. El propietario sabe que conservará su fortuna; la madre su hijo, ni tiembla ya esta al ver un edicto en las esquinas creyendo que sea un nuevo decreto de quintas. El labrador, ni el artesano no tienen ya que andarse atormentando en discurrir cómo podrán librar del servicio al único hijo que les queda el quinto que ya no lo es, no tiene que recurrir al bárbaro medio de mutilarse para librarse de la muerte. Solo las contribuciones son las que siguen pesando sobre la Francia, mas por lo menos hay la certeza que no serán arbitrariamente impuestas por la primera autoridad del Estado, ni por los prefectos, subpre-

rectos, ni hasta por los alcaldes y sus tenientes. El Estado tiene deudas, y es preciso pagarlas. ¿Pero quién es el que ha contraído esas deudas? ¿Es el rey ó el hombre de la isla de Elba? Si el rey hubiese querido decir: «No estoy obligado á reconocer las deudas de Bonaparte: las riquezas que la mayor parte de los contratistas han adquirido les indemnizará de lo que pierdan no papándoles aquella deuda.» ¿Qué hubieran respondido? Pero el rey creyó que su honor y el de la Francia estaba interesado en pagar escrupulosamente una deuda que podía ser considerada como del Estado, y por esa buena fe, digna de un descendiente de Enrique IV, ha hecho que la Francia adquiriera un crédito que duplicará la riqueza pública.

Así es que las grandes calamidades con que nos amenazaba el regreso de los Borbones se reducen á algunas murmuraciones, y aun estas, cuando se desciende hasta el origen que las produce, se ve que no nacen sino de alguna esperanza frustrada, de haber solicitado algun empleo y no haberlo conseguido. La mitad de la Francia, bajo el despotismo que acaba de pasar estaba pagada por la otra mitad. ¿Cómo podía sostenerse semejante abuso! El mismo Bonaparte, si hubiese permanecido en el trono, sin ser dueño de Europa, ¿hubiera podido sostener todos los empleos que había creado? Ya no los pagaba, y en lo sucesivo para imponer silencio á los descontentos los hubiera mandado pasar por las armas. Por otra parte, pueden en el breve término de seis meses ser borradas todas las huellas de una revolución de veinte y cinco años? Al ocurrir la muerte de Enrique IV aun había algunos antiguos fanáticos de la Liga que aplaudieron el paricidio de Ravallac. Preciso es pues resignarnos á ver por mucho tiempo y acaso por toda nuestra vida á los franceses divididos en opiniones sobre una multitud de objetos: los unos detestando lo que los otros aman y estos alabando el gobierno que los otros critican.

Segun los constitucionales, la constitucion no es bastante liberal. Segun los antiguos realistas el Estado hubiera marchado perfectamente sin constitucion. Pero á los primeros se les puede decir: «Si en la constitucion actual hay algo defectuoso, podrá remediarse con el tiempo. La misma constitucion inglesa, objeto de vuestra admiracion, no ha sido perfeccionada en un dia. Basta que los fundamentos de la libertad pública se hallen bien establecidos entre nosotros; que el pueblo tenga representacion; que no se puedan imponer nuevas contribuciones sin el consentimiento de los representantes; que ningun hombre pueda ser despojado, desterrado, encarcelado ni sentenciado á muerte arbitrariamente. Reposemos un momento sobre estas grandes bases y respiremos despues de una carrera tan violenta y rápida.»

A los segundos es fácil replicar: «La antigua constitucion de la monarquia era excelente sin duda; pero podriais en la actualidad reunir sus elementos? ¿En dónde encontrariais un clero independiente, representado, por sus inmensos dominios, una considerable parte de las propiedades del Estado? ¿Dónde encontrariais una corporacion de nobles bastante numerosa, ricos y capaces de formar por sus antiguos derechos feudales, por sus tierras señoriales, por sus vasallos y su patronazgo, y por la influencia de sus armas, un contrapeso á la corona? ¿Cómo restableceréis esos privilegios de las provincias y de las ciudades, esos fueros, esas grandes corporaciones de magistratura que por todas partes ponian trabas al ejercicio del poder absoluto? Por ventura ¿no ha cambiado hasta el mismo espíritu de esas corporaciones? ¿La igualdad de educacion y de fortunas, la opinion pública, el aumento de ilustracion, permitirian establecer en la época presente una clase de distinciones que chocarian con todas las vanidades? ¿Las instituciones de nuestros abuelos; en las que

se reconocian con evidencia las huellas de nuestra santa religion, del honor de la nobleza, de la formalidad de la magistratura, son por cierto cosas que siempre se echarán de menos, ¿pero puede nadie hacerlas revivir completamente? Permitted, pues, ya que por último es preciso tomar alguna resolucion, que se reemplace el honor de la nobleza por la dignidad del hombre, y la nobleza del individuo por la de la especie. En vano quisierais remontaros á los tiempos antiguos; las naciones, son como los rios, nunca pueden retroceder hácia su origen: no fue posible dar á la república romana el gobierno de sus antiguos reyes, ni al imperio de Augusto el Senado de Bruto. El tiempo lo cambia todo, y es tan imposible sustraerse al influjo de sus leyes como al de sus estragos.»

Nada tiene de extraño que haya aun alguna efervescencia en las opiniones. El despotismo que acaba de espirar nos hizo salir de nuestro orden natural. Todas nuestras pasiones estaban exaltadas: el soldado en nada menos pensaba que en ser mariscal de Francia á costa de la vida de un millon de franceses; el último empleado de hacienda veia en perspectiva un ministerio; el artesano, una vez salido de su taller, no pensaba en volver á él: la juventud, desembarazada del yugo doméstico, se encenagaba en todos los goces y en todas las quimeras de su edad. Un deber, que en último término se reducía á una bajeza, obedecer ciegamente á la voluntad de un dueño, hacia las veces de toda la moral de la vida. Bonaparte era el jefe visible del mal, así como el demonio lo es invisible. Todas las ambiciones desordenadas se reunian en torno del, así como los sueños se suspenden del árbol funesto que Virgilio colocó en la puerta de los infiernos.

En la actualidad nos es costoso reducirnos á la senda del deber: la tranquilidad nos parece una cosa insípida. Mas como el orden es el estado natural de las cosas, volveremos á despecho de esas pasiones á recobrar la afición á lo honesto y á no aspirar mas que á los goces legítimos. Curioso es considerar cuánto sorprende este nuevo orden de cosas á los que estaban acostumbrados á gobernar por los violentos medios del despotismo. Anuncian revoluciones y alzamientos que por fortuna no llegan á realizarse; confunden sus opiniones particulares, su situacion moral, y sus intereses secretos con la opinion, situacion e interés de la nacion. *Esto no es administrar, dicen ellos. Esto no puede durar, no puede seguir así.* ¿Y por qué no? Porque en la llanura de Grenelle no hay afusilamientos, porque la policía no sepulta una docena de personas cada noche en Vincennes; porque desde la extremidad de Francia no vienen ya jaulas de posta atestadas de presos; porque no hay espías asalariados que impiden que se hable, se escriba, ni imprima ni aun con arreglo á lo que ellos quieren; porque no se meten en las operaciones mercantiles ni agrícolas; porque el consejo de Estado no toma en un dia cien disposiciones contradictorias; porque pudiendo el gobierno elegir entre veinte y cinco millones de franceses, no ha creído que el talento esté exclusivamente encerrado en algunas cabezas que la opinion pública rechaza, y no los ha nombrado funcionarios suyos. Semejantes personas (que por otra parte se distinguen por la práctica en los negocios) son sin embargo malos jueces de un gobierno legal, pues no han podido apreciar mas que la revolucion y sus violencias, y porque no habiendo empleado mas que la fuerza física, no saben hacer uso de la fuerza moral. Admiranse de que todo marche sin esfuerzos, y casi por un impulso espontáneo: finalmente no alcanzan á comprender que un rey legítimo es un árbol que extiende naturalmente sus ramas y sus raices, se robustece y da protección y sombra porque el cielo y la tierra le dispensan su benéfica influencia, y porque se extienden sus raices en el nativo suelo. Imposible es que esa sensa-

cion de seguridad que se experimenta no cunda tarde ó temprano en todos los ánimos, no penetre así en las cabañas, como en los palacios y que al fin no haga decir á todo el mundo: *Lo cierto es que somos dichosos.*

Examinen el gobierno los que le acusan de debilidad con arreglo á estos hechos y resultados, y verán que ya es mucho mas fuerte que el férreo sistema á que ha remplazado. ¿Hubiérase por ejemplo dejado imprimir contra el último despotismo los libros que hoy salen á luz contra la autoridad existente, sin que aquel despotismo se hubiese visto conmovido? Libelos, los mas infames, y obras, las mas llenas de audacia, circulan y se venden públicamente. ¿A quién hacen daño tales obras? A nadie: pues si hay quien las lea, no hay quien se deje seducir por ellas. Podria decirse que los autores de semejantes escritos destruyen, poniendo en ellos su firma, el efecto que pudieran causar, y así como los venenos se neutralizan mutuamente, la infamia del escritor neutraliza la ponzoña del libelo. Sea por lo que sea, lo cierto es que un gobierno que apenas cuenta cuatro ó cinco meses de existencia; que se ha establecido, como todos sabemos, en medio de tantas disensiones y calamidades, tiene fuerza para resistir pruebas que hubieran derribado á Bonaparte cuando se hallaba en el apogeo de su poder. En los cafes, en las reuniones se censuran públicamente los actos del ministerio y las leyes que se discuten en ambas cámaras; se critica en alta voz, se vitupera, se alaba, ¿pero se altera por eso la marcha del gobierno?

La Francia está abierta por todas partes: cada cual viaja por ella como le da la gana. Si hay enemigos secretos nadie les impide que puedan entrar y salir cuando les acomode. Pueden entrar en correspondencia; pueden citarse; en una palabra, pueden conspirar públicamente donde mas les convenga. ¿Hay alguno que los tema? Nadie. ¿Les habria dejado Bonaparte semejante libertad? En el momento actual el gobierno se desdenaría de tomar precauciones contra ellos; pues en último resultado sus esfuerzos se estrellarian ante la indulgencia y dulzura de un gobierno paternal que detendría el brazo de la ley levantado para castigarlos: el rey los abrumaria con el peso de su perdon y su bondad. Nada de temible puede emprenderse contra una autoridad fundada sobre la legitimidad y la justicia. La Francia está llena de parientes y de hechuras de Bonaparte, y se hallan todos protegidos como los demás ciudadanos, sin que nadie piense en precaverse de ellos. Una alta princesa ha venido bajo la salvaguardia de la generosidad real á tomar baños en una de las provincias del reino... ¿Bien recientes están aun las heridas! Esa señora podia evocar poderosos recuerdos! ¿Pero qué resultados ha producido su presencia? ¿Ha reproducido la memoria de cuando se hallaba la señora duquesa de Angulema en los baños de Aix bajo el gobierno tan robusto de la tiranía, cuando el solo nombre de Borbon hacia temblar al rey de los reyes? Un hermano del extranjero se ha establecido en las fronteras de Francia, ostentando una opulencia que sería mas decoroso ocultar, ¿Ha manifestado el gobierno el menor recelo? ¿Se ha pedido que se aleje de aquel punto? Apréndase pues á juzgar de la fuerza de un gobierno, no por sus actos administrativos, sino por su mas ó menos de moralidad, de moderacion y de justicia. La fuerza de los reyes es invencible cuando proviene de su talento y de la rectitud de su corazón.

Los Borbones han andado errantes, casi sin asilo, sobre la superficie de la tierra, expuestos á los temores del usurpador: les era imposible acercarse á las fronteras del reino sin aventurar su vida, como lo acredita el duque de Enghien. En la actualidad no persiguen los que se han visto tan cruelmente perseguidos, y dejan á sus antiguos perseguidores aparecer

en su alrededor sin manifestar la menor alarma, sin tomar siquiera las precauciones que parecerian tan naturales. ¿Quién no admirará una confianza tan magnánima y un olvido tan completo de todo resentimiento? Luis XVIII tiene razon. Abandonándose tan completamente á la lealtad de los franceses demuestra de un modo invencible la legitimidad de sus derechos y la solidez de su trono. Parece que al llegar á Calés nos ha gritado como en otro tiempo Felipe de Valois en las puertas del castillo de Broye: «¡Abrid, es la fortuna de la Francia!» Nosotros le hemos recibido y sabremos probarle que somos dignos del aprecio que nos ha manifestado al confiarse tan noblemente en nuestra fe y en nuestras virtudes.

## REFLEXIONES POLITICAS.

DICIEMBRE 1814.

### CAPITULO PRIMERO.

CASO EXTRAORDINARIO.

Un juez establecido en un tribunal con arreglo á las antiguas constituciones y no por el hecho de una revolucion violenta ha condenado á un hombre á muerte. La sentencia es justa, porque el reo habia cometido enormes delitos. Mas este hombre tenia un hermano, que no ha podido ni ha debido despojarse de los sentimientos de la naturaleza: de manera que entre el juez y el hermano del culpable jamás podrá establecerse ninguna relacion. El grito de la sangre ha separado para siempre á estos dos hombres.

Un juez establecido en un tribunal con arreglo á las antiguas constituciones y no por el hecho de una revolucion violenta ha condenado á un hombre á muerte. Este hombre no era culpable del crimen que se le imputaba; pero el juez, sea por prevaricacion, sea por ignorancia, ha condenado á la inocencia. Si este hombre tiene un hermano, jamás, con mayor motivo aun que en el primer caso, podrá tener relaciones con el juez.

Finalmente un hombre ha condenado á otro hombre á muerte: el condenado era inocente: el que lo condenó no era su juez natural: el inocente que fue condenado era un rey, y el supuesto juez era vasallo suyo. Para cometer su asesinato han sido violadas todas las leyes de las naciones, todas las reglas de la justicia. El tribunal en vez de exigir las dos terceras partes de sus votos para pronunciar la sentencia ha expedido su fallo por la mayoría de algunos votos. A fin de obtener esta mayoría se vió en la precision de contar el voto de los jueces que habian pronunciado la sentencia de muerte condicionalmente. El monarca llevado al cadalso tenia un hermano. ¿El juez que condenó al inocente, el vasallo que inmoló á su rey, podrá presentarse nunca á los ojos del hermano de aquel rey? Si no puede presentarse, ¿se atreverá á escribirle? Si le escribe, ¿será para confesarse criminal y ofrecer su vida en expiacion? No siendo para ofrecer su cabeza, ¿será por lo menos para revelar algun secreto importante á la seguridad del Estado? No. El motivo por el que escribe al hermano de aquel rey es para quejarse de ser injustamente tratado; es para dar á la queja un colorido de amenaza; escribe al hermano de aquel rey y de quien por consiguiente es vasallo, para hacerle la apologia del regicidio, para probarle por la palabra de Dios y la autoridad de los hombres, que el regicidio es un acto lícito. De manera que haciendo y diciendo se presenta á Luis XVIII como un hombre que ha merecido bien de su autori-